

enmohecidos manuscritos, pareciendo acaso mas de una vez parcial; pero esta parcialidad, señores, creo merece alguna disculpa. Solo resta indicaros ya el orden de mis ideas.

¿Qué han sido en todos tiempos las instituciones monásticas? Eran, se nos repite por los llamados sábios de nuestros dias, asociaciones oscuras, nacidas allá en retirados desiertos, que hicieron, á lo mas, la felicidad individual de un corto número, y cuya gloria no salió jamás del estrecho recinto de sus cláustros. Pero vanos esfuerzos de la incredulidad, del orgullo é ingratitud de nuestro siglo. Nosotros vamos á abrir el libro grande de la historia, y siguiendo las huellas del monacato desde su origen, tendremos lugar de admirar su dulce influencia en bien de la humanidad: 1.º en el orden religioso; 2.º en el orden social. Y seguro ya de vuestra indulgencia, os suplico tambien vuestra atencion.

I.

El monacato en el orden religioso.

Se ha dicho que el monacato nació en las escuelas de Platon y de Pitágoras. Otros dijeron que eran los ascetas y filósofos antiguos, que huyeron del mundo para entregarse á la contemplacion de la verdad. Tambien se ha dicho que fueron los esenios y terapeutas. Yo creo que las instituciones monásticas nacieron con los tiempos y las circunstancias. Fieles unos á la voz de su Dios que los llama al desierto para hablarles al corazon; inflamados otros en el fuego del amor mas puro, y desconfiado alguno acaso de poder sufrir los tormentos y la muerte que le preparaba la persecucion, hé aquí el origen del monacato. Lo que podemos asegurar es, que desde los primeros siglos de la Iglesia poblaron ya valientes atletas los desiertos del Asia; que san Pacomio fundó varios monasterios; que Antonio Abad salió al encuentro de San Atanasio con sus tres mil monges; que San Basilio les escribió Regla, y fué considerado como Padre y reformador del monacato de Oriente. Todo cuanto quisiéramos decir mas sería enteramente inútil, porque como dice el sábio Bergier en su tratado de la Verda-

dera Religion, no importa saber el origen del monacato; lo que debemos examinar es si los monges fueron buenos ó perjudiciales, si han hecho bien ó mal. Colocada, pues, la cuestion bajo este punto de vista, vamos á probar que influyeron de un modo notable en bien de la Iglesia aquellos numerosos asilos de virtud, desde su origen en los abrasados arenales de la Palestina, hasta nuestros dias en el centro de la culta Europa.

Para ellos, señores, el mundo habia dejado de existir: el cuidado de sus patrimonios no les inquieta en su soledad: las divinas Escrituras son el alimento de sus espíritus. Eran santos asilos donde se ocultaba la inocencia, escuelas prácticas de todas las virtudes, donde se forman valientes héroes, aguerridos escuadrones para luchar contra las potestades de las tinieblas. Allí las almas fieles que se habian reunido á escuchar la voz de su Dios, se elevan hasta la union mas íntima con el Divino Esposo. Allí los pecadores cubiertos de horror á la vista de sus pasados crímenes, se purifican con la penitencia mas severa, hasta igualar casi en pureza á los Angeles. Allí los que temblaron ante la fiera cuchilla de los verdugos, vuelven llenos de valor, desafiando los tormentos y la muerte misma. ¡Fecundo seminario, grande recurso para la Iglesia, señores, los cenobitas del desierto!!

Así pasaron tres siglos de persecucion horrible, y los idolos se conmovieron ya sobre sus pedestales, y la enseña del Calvario flotaba ya en el Lábaro de los Césares. El cristianismo sale de las catacumbas, y trata de realizar sus vastos planes, y entonces el desierto le envia numerosas huestes de aguerridos atletas, que llevaron la virtud, las luces y la civilizacion por todos los ángulos de la tierra. «¿Qué hermoso espectáculo! esclama el desgraciado La Menais, ver á esos ángeles de la soledad, salir de ella con la frente radiante de Moisés, llevando como él las Tablas de la Ley, y presentarse en medio de los pueblos, instruirles de sus deberes, producir por do quiera portentos de penitencia, reedificar de nuevo la sociedad sobre sólidos fundamentos, purificar y consolar al mundo derramando sobre él aquel amor fecundo

que viene del cielo, que es el mismo cielo!»

Pero señores, la escena cambia de repente: el corazon se estrecha ante un inmenso campo de sangre y de ruinas que se ofrece á mi vista... El mezquino espíritu de disputas, y la ambicion, y el orgullo han sembrado el germen de la discordia en los monasterios de Oriente. Con la muerte de los Atanasios, Basilio, Nisenos, Naciancenos y Crisóstomos, levantaron erguida su frente los Nestorianos, los Eutiquianos y los Apolinaristas, y el monacato, nacido en la persecucion, y que habia cubierto de gloria las ciudades y los desiertos, murió con sus últimos abades Sabas, Juan Silenciaro, y Simeon Estilita. Restos dispersos, cual pequeños fragmentos de la nave desecha á impulsos de horrible borrasca, han llegado hasta el Occidente, y un hombre extraordinario, de aquellos que producen rara vez los siglos, los congrega, y perfecciona, y crea grandes instituciones monásticas, en el seno de la corrupcion y desolacion general. Y este hombre extraordinario era, señores, el grande Benito, el que llenó de vida al triste y solitario Sublago, y la cima del monte Casino.

Entretanto, Alarico, al frente de un pueblo de bárbaros, entrega á saco la ciudad de Roma, y Genserico, sucesor de Atila, rey de los hunnos, la ha reducido casi á cenizas, concluyendo toda su grandeza material en su último emperador Augustulo. Y la Iglesia, nunca mas semejante á la navecilla que fluctúa combatida de furiosas olas, necesitaba grandes virtudes, que llamarán la atencion de los bárbaros, y que pudieran contener las pasiones desbordadas de la época: necesitaba fervorosas asociaciones, que hicieran renacer el espíritu de los primeros siglos del cristianismo: necesitaba sábios y celosos pastores, para luchar con los hereges y para disipar la crasa ignorancia que cunde por todas partes; y el monacato satisfizo estas necesidades de un modo tan completo, cual si hubiera nacido para ellas solo.

Necesitaba virtudes en grado heroico. ¡Ah! Desorden é insubordinacion en todas las clases; orgullo y vanidad sin límites; impurezas que degradan la humanidad: apego desmedido á los intereses mundanos;

sensualidad y materialismo... hé aquí el carácter de aquellos siglos, y vedlo combatido por las instituciones monásticas. ¡Qué obediencia, señores, llevada hasta el extremo de sacrificarse á la voluntad ajenal! ¡Qué humildad tan profunda, hasta despreciarse, aborrecerse á sí mismo! ¡Qué desprendimiento- qué pureza, qué recogimiento al interior, y qué espiritualismo en todas sus acciones!!! Y el hombre carnal elevó su frente del polvo en que yacia, y se reformaron las costumbres, y creció de un modo sorprendente el movimiento religioso en Europa, desde el pontificado del grande Gregorio, á principios del siglo VI.

Necesitaba tambien la Iglesia fervorosas asociaciones que hicieran renacer el espíritu de los primeros fieles. Aquellos dias felices para el cristianismo habian desaparecido ya. Esparcido por toda la tierra, ni era ya posible la comunidad de bienes, ni los envidiables Agapes de los antiguos. El monacato suplía este defecto en Oriente, practicando en pequeño aquellas santas máximas llamadas consejos evangélicos. Desaparecieron allí tan útiles asociaciones, y vedlas restablecidas en el Occidente por el sábio Legislador de Casino. Doce monasterios se erigen bajo su direccion en Sublago, y se respira en todos ellos el fervor primitivo, y su espíritu católico penetra hasta los campamentos godos, y se adapta á todas las costumbres, á todas las instituciones, climas y caracteres, resultando de aquí, señores, la rápida propagacion del cristianismo en Europa, y la unidad de fé, que no fué rasgada hasta los dias de la malhadada reforma protestante.

Sábios y celosos pastores, para luchar con los hereges, para llevar por todas partes verdadero saber y verdaderas virtudes, disipando así la crasa ignorancia que cubre todo el Occidente, y prelados eminentes produce el monacato ya desde su origen. Basta, señores, una rápida ojeada sobre la historia de Europa y muy particularmente de nuestra España, para admirar numerosos é ilustrados pastores que salen de los monasterios, desde los Gregorios, los Agustinos y los Columbanos, hasta los Braulios, los Bedas y los Eugenios en el siglo VII, y que despues continúan cual hermosa cade-

na de subidos esmaltes. Solo el célebre Casino ha producido seis Pontífices; mas de treinta cardenales la abadía de Cluni; ochenta y cuatro obispos nuestro San Millán de la Cogolla, y el no menos célebre monasterio de Sahagun llegó á contar, á la vez, hasta catorce prelados que dirigian varias iglesias de España. La Silla de San Pedro fué ocupada, casi sin interrupcion, por monges durante los siglos bárbaros, llegando á mas de sesenta el número de Pontífices que vistieron la cogulla, eminentes sábios, y venerados la mayor parte en el Catálogo de los Santos.

Pero van pasando los siglos con todas sus alternativas, y aparecen nuevas y variadas necesidades, como son varios los tiempos. Levántanse aquí soberbios emperadores que desprecian el poder divino del sucesor de Pedro, y valientes monges, Gregorio II, Leon III y Gregorio VII se asientan en la Silla de Roma. La heregia cunde en otro lugar, y rasga la unidad del dogma, y mancha la moral Santa, y el monacato produce á los Toribios, Leandros, Martín de Braga é Isidoros. Trátase de arreglar el rezo y la liturgia, discordes en casi todas las iglesias de España, y los monges ofrecen la divina Salmódia distribuida por el sabio legislador de Casino del modo mas conveniente, segun los tiempos y solemnidades. Las catedrales carecen de orden y de virtudes, por la ineuria de aquellos tiempos, esencialmente guerreros, y los monges prestan su regla Santa, que obliga á los canónigos á vivir en comunidad con toda la perfeccion del tiempo de los Apóstoles. Santos Concilios, innumerables como las necesidades, y de inmensos resultados, para conservar la pureza del dogma y dar vida á la disciplina, y monges pónense al frente casi siempre, de tan ilustres como venerables asambleas. Descúbrese mas adelante un nuevo mundo, y todo se apresta para su conquista, y por entre el ruido del oro y de las armas, vuela allá Bernardo Boil con otros doce compañeros, hijos todos del monasterio de Monserrat, y al imperio de su voz multitud inmensa de ídolos arroja al fuego la ciudad de Santo Domingo. Aparece casi al mismo tiempo el desgraciado Lutero, con su mentida y funesta reforma, é

invade toda la Europa, sin que tenga tiempo de apercibirse del golpe y abrazar su escudo para el combate, y los monges le oponen por todas partes una tenaz resistencia, traban con el protestantismo prolongada lucha, redoblan su celo santo en favor de la doctrina ortodoxa, y multiplican sus misiones, sus escuelas, sus certámenes públicos en Alemania, en Suecia, Dinamarca é Inglaterra, y tambien en nuestra España, donde quiso prender del mismo modo el fuego voraz de la llamada reforma. Y llega poco despues el siglo XVIII y horrible tempestad se oye rugir allá á lo lejos, amenazando absorber todas las creencias del Occidente, y la celebrísima y nunca bien ponderada Congregacion de San Mauro levanta un firme baluarte, que cual muro de bronce, contuvo por espacio de medio siglo los horrores del filosofismo. Pero no es posible contener ya aquel impetuoso torrente, todo ha naufragado ya envuelto en la mas espantosa anarquía, y entonces, señores, los inmortales Pio VII y Gregorio XVI son destinados por la Providencia para enfrenar la revolucion en los dias de su mas funesto y devastador frenesí. Pero es preciso, señores, que nos detengamos aquí un momento, porque abusaria demasiado de vuestra atencion. ¿Han sido las instituciones monásticas asociaciones oscuras dominadas de espíritu de egoismo? No. Ellas prestaron bienes inmensos á la Iglesia en todos tiempos, como hemos visto á la luz brillante de la historia, y vamos á considerarlas tambien en el orden social labrando la felicidad de los Estados.

II.

El monacato en el orden social.

Acabamos de examinar las instituciones monásticas en sus relaciones con la Iglesia, y vamos á presentarlas tambien satisfaciendo grandes necesidades sociales. Claro es, señores, que no me será posible descender á todos los pormenores, porque es demasiado vasto y fecundo el campo que debo atravesar aún. Tocaré solo muy de paso los hechos mas notables, quedando á vuestra ilustracion darles la estension y el valor debidos. Volvamos á los desiertos de Siria, de Palestina y de Sublago, y á la vista de

aquella multitud de macilentos espectros, cubiertos de tosco vestido de pieles de cabra, preguntemos á la historia ¿qué bienes trajeron á la sociedad? ¿qué influencia ejercieron en las ideas?

Principiando por el Oriente, bastará recordar que en toda aquella costa del Mediterráneo y desde la Libia hasta el mar Negro se agitaba el espíritu humano con movimiento increíble. Bullian las ideas que habian salido de la célebre escuela de Alejandría, y se hallaban reunidos, amontonados allí los restos de la filosofía griega y latina. Los monasterios eran los depositarios de todas las ciencias: en ellos florecieron los hombres mas eminentes de los primeros siglos.... ahí están sus innumerables obras que revelan la estension y altura donde habia llegado el espíritu humano. Las ideas de los solitarios pasan del desierto á las ciudades: las ciencias salen con las virtudes y la civilizacion de la oscura gruta del cenobita, y se estienden cual nube benéfica por todo el vasto imperio de la antigua Bizancio, nunca mas floreciente que durante el periodo glorioso del monacato. Pero esta fué una gloria momentánea, señores... ¡Ay!... El genio del mal ha dirigido hácia el Oriente su soplo devastador!... ¿Qué cuadro tan triste se presenta en este momento á mi vista!... Cubrámosle con un velo impenetrable y sigamos las huellas de unos pocos moradores del desierto, que cargados con los despojos de las ciencias y la civilizacion de aquellas desgraciadas provincias, han penetrado hasta las inmediaciones del Tiber. Y hénos aquí en el suelo fértil donde ha producido el monacato grandes frutos.

Sangrienta y horrible lucha devoraba á la orgullosa Roma á fines del siglo V. Pueblos venidos del norte, numerosos como el polvo, se habian precipitado sobre el Occidente, llevando por todas partes el espanto, la desolacion y la muerte con la rapidez de llamas devoradoras. Hundióse al fin el Coloso Romano, arrastrando en su caída las luces y la civilizacion de Europa. Parecia, señores, que iba á disolverse el mundo envuelto en la mas espantosa anarquía... y entonces el grande Benito congrega los restos dispersos del monacato de Oriente, perfecciona y crea grandes asociaciones verda-

deramente civilizadoras, que elevaron al hombre degradado hasta mas allá de las bestias, al estado que su naturaleza racional exige. Y un acontecimiento providencial, de aquellos que llama el mundo casualidades, conduce al rey Totila al monasterio de Casino, y los bárbaros se familiarizan con los monges, cuya virtud les admira, y su vida laboriosa les aficiona al trabajo, y se penetran de su espíritu de unidad, de paz y de beneficencia, y se dociliza su feroz carácter, preparándose así para recibir el yugo santo del Evangelio. Y el mundo se salvó entonces, señores, influyendo en ello de un modo notable el grande san Leandro, hijo tambien del monacato español, al frente del celebrísimo Concilio tercero de Toledo, donde el piadoso Recaredo con toda la nacion Goda, adjuró para siempre los errores del arrianismo. Era el año 589.

¡Y qué gloriosa es, señores, esta página de nuestra historia! ¿Qué grande se ostenta el monacato en los siglos VI y VIII! La Religion Católica marchaba á grandes jornadas por entre los campamentos Godos, teñidos aun en sangre romana, y nuestra España corria llena de prosperidad como el caudaloso rio que rebosa fuera de su cauce. A la sombra de esta dulce paz, las ciencias, enemigas del ruido de las armas y el estruendo de las victorias, salen de los monasterios, donde habian estado ocultas, como en otras tantas fortalezas y marchan al frente de la civilizacion de Europa. Entonces la Alemania, Bohemia, Esclavonia, Suecia, Dinamarca, Bretaña y las antiguas Galias experimentan, casi á un tiempo mismo, el dulce y poderoso influjo de tan benéficas instituciones. Entonces los Agustinos, Bedas, Columbanos y Aurelios en Bretaña; los Bonifacios, Cuthebertos y Auperthos en Alemania; los Paulos é Hinemaros en Italia; los Brunos, Ivones y Lanfrancos en Francia; los Leandros, Isidoros, Fulgencios, Braulios é Ildelfonsos en España, nutridos por su grande espíritu. Ciudades célebres de Leon, Burgos, Oviedo, Valladolid, Córdoba y Sevilla, reinos enteros de Aragon, Asturias y Galicia, poblados é ilustrados bajo su protectora influencia... Concilios inmortales de Zaragoza, de Sevilla, de Toledo, gloria inmarcescible de nuestra civilizacion y de

nuestra historia, presididos, dirigidos por el Código Benedictino y recibiendo de él sus cánones, su espíritu, y hasta sus formas literales... Señores, me dejó arrebatado del exceso de mi afecto; pero me es preciso seguir, atravesando los siglos, el plan propuesto.

Nuevas expiaciones estaban reservadas á nuestra desventurada patria. Mas numerosas hordas de salvajes, soberbios con las conquistas de Egipto y de Numidia, atraviesan los mares y los desiertos del Asia y del África, y se precipitan sobre nuestra España, hundiéndola en las glorias en las aguas del Guadalete. Hablo, señores, del siglo VIII, de la horrible invasión árabe, que convirtió nuestras fértiles campiñas y nuestras mas florecientes ciudades en inmenso campo de ruinas, de sangre y de cadáveres!... Pues en aquella época de horror, el monacato, ingenioso como la caridad, invencible como el amor, incansable como el celo santo que lo vivifica, semejante á los activos ángeles de que nos habla Isaías, vuela, se multiplica, para hallarse en todas partes. El, ora con los Urbanos y los Ciesilas en el santuario de Covadonga, pelea con Millan de la Cogolla en las montañas de Asturias y en las vastas llanuras del Orbigo y de Aleolea, penetra con Domingo de Silos en las oscuras prisiones de Córdoba, y triunfa del carácter feroz y sanguinario de los hijos de Mahoma en las orillas del Bétis, del Tajo y del Pisuerga. ¿Por qué, señores, ese pueblo indócil, cuyas groseras costumbres no han mejorado en el Oriente en tantos siglos, se civilizó ó hizo culto en España con el corto período de trescientos años? ¿Por qué los árabes de España fueron de un carácter dulce, y florecieron en la agricultura, en las artes y en las ciencias? No temo decirlo, y me estenderé á probarlo si lo permitieran los estrechos límites de un discurso. Por que en el Oriente habia desaparecido el monacato al golpe de la hoz esterminadora de las heregias, y en España existian mas de mil monasterios, donde florecen todas las ciencias: por que los monges de España dieron ejemplos de laboriosidad á los árabes en el cultivo de sus posesiones, y les transmitieron su constancia, y sus vigilias, y sus manus-

critos, y sus antiquísimos pergaminos: por que los monges procuraron conservar á todo trance la unidad, las ciencias, las virtudes, únicas y fecundas fuentes donde brota la cultura de los pueblos. Pero otros acontecimientos llaman mi atención de la otra parte de los Pirineos y los Alpes en el siglo XI, el feudalismo.

El feudalismo señores, en el que todo es tiranía y horror, principia á devastar el Occidente, y estiendo su cetro de hierro sobre Alemania, Suecia, Escocia, Francia y casi toda Europa. Mas de dos terceras partes de los habitantes de aquellas desgraciadas provincias yacian sumidos en la esclavitud mas vergozosa, mas vergonzosa aun que en tiempo de los romanos, pudiendo decirse con verdad, que el pobre y desvalido solo se hallaba entonces ó aherrado en oscuras prisiones, ó inundado en su misma sangre en los campos de batalla, ó degradado hasta mas allá de las bestias en las manadas de los esclavos. ¿Y qué bienes produjo entonces el monacato? Con su natural espíritu benéfico y civilizador, contiene y enfrena el poder, el orgullo, el furor de los grandes, se rodea de la clase media, á quienes abre sus puertas, y los asocia á sus empresas, á sus trabajos y á sus privaciones, y llama al pobre y al de menos valer, y le alimenta, y le consuela, y le instruye... levantando así un poder colosal, que chocara con el feudalismo y conteniendo la despoblacion general. Sin los monges, si, los señores feudales hubieran concluido, á no dudarlo, con las ciencias, con la civilizacion y hasta con la poblacion de Europa.

Peró un grandioso pensamiento surge del centro de la misma Europa, y este pensamiento, secundado por la voz de Pedro el Ermitaño, de Raimundo de Fitero, y del célebre abad de Claraval, producen las Cruzadas. ¡Ah! Las Cruzadas, señores, ese ruidoso acontecimiento que llevó al Asia y sepultó allí todo el furor y todas las ambiciones de los feudales: que nos trajo de allá el germen del comercio, de la industria y de las artes: que nos adquirió la verdadera independencia, preparó la espulsion de los árabes de España, facilitó la navegacion por lejanos mares, y fué causa del descu-

brimiento de un nuevo mundo, levantando antes atrevidos monumentos, hospitales y casas de beneficencia, que aun todavia nos admiran... ¿Y qué, seria extraño al monacato ese movimiento civilizador que agitaba toda la Europa? No por cierto: allá van tambien al Asia fervorosos y entusiastas cenobitas, viéndose entonces por primera vez á los monges, mas mansos que corderos, mas fuertes que leones, segun la hermosa espresion del P. San Bernardo, reunirse en comunidad para levantar al cielo una oracion fervorosa, y desde allí marchar impávidos al combate, al frente de agueridos ejércitos, para conquistar la fé y la civilizacion de Europa. ¡Grande y colosal acontecimiento, que cubrirá siempre de gloria al monacato á la faz de los siglos posteriores! Pero sigamos.

Las Cruzadas por una parte, y la espada gloriosa de los Alfonsos y de los Fernandos por otra, dieron nueva vida á la sociedad. Se restablece el poder de los reyes: levántanse grandes monarquias; y el monacato concentra todas sus fuerzas y produce grandes congregaciones, mas de cincuenta que, fueron como inmensos focos de luz, de civilizacion y de virtudes. Se distinguen por su bien merecida celebridad, las de Vallumbrosa en Irlanda é Inglaterra, las de Celestinos y Camaldulenses en Alemania é Italia, las de Cluni y San Mauro en Francia, las de Valladolid y Tarraconense en España. Mas estos mismos acontecimientos producen nuevas necesidades, que los monges no pueden llenar por su vida retirada y científica, y el espíritu del grande Benito prepara el nacimiento de Domingo de Guzman en el sepulcro de Domingo de Silos, fomenta la conversion de Ignacio de Loyola en el santuario de Monserrat, y ayuda al esclarecido Francisco de Asís á ejecutar sus vastos planes, cediéndole el monasterio de la Porciúncula, uno de los doce que habia fundado, hacia ya mas de ochocientos años, en Sublago. Vienen los siglos XVI y siguientes, y renace el gusto al estudio de las ciencias, y los monges abren por tercera vez sus archi-

vos, y franquean sus manuscritos y preciosos pergaminos. Y hémos aquí en nuestros mismos dias, en presencia de una generacion orgullosa, que se jacta de haber llegado á la cumbre del saber humano, porque vé multiplicarse los retóricos y los artistas, y ¿qué eran entonces los monasterios cuando estendieron sobre ellos su mano devastadora nuestras últimas revoluciones? Eran los depositarios de un caudal inmenso de preciosas tradiciones, de ciencias y de bellezas artísticas! Era un grande emporio, donde se hallaban amontonadas todas las riquezas de la civilizacion del mundo!! Verdad confesada, bien á su pesar, por los mismos que desprecian hoy esas benéficas instituciones, que buscan con ahinco y se envaneecen en la posesion de algunos despojos científicos de los monges!! Mi corazón, señores, vuelve aquí á contraerse... pero basta: mi objeto ha sido recordar solo beneficios ya olvidados.

Concluyo pues, este tosco bosquejo, diciendo en resumen: que el monacato, con su vasto y civilizador espíritu, atravesó, haciendo bien, la dilatada carrera de los siglos, en las diversas vicisitudes de barbarie y de ilustracion. Y le vemos robusto y lleno de vida, dirigiendo la nave fluctuante de Pedro y los progresos del catolicismo, desde los desiertos de Siria y Sublago hasta nuestros dias en el centro de la culta Europa. Y le vemos tambien labrando la felicidad de los Estados y marchar al frente de la civilizacion y de las luces, desde su nacimiento bajo la cuchilla de los Césares hasta hoy, no solo en la misma Europa, sino mas allá de los mares, en los confines del Asia y en las apartadas regiones de la Océania.

Hé aquí, Excmo. Sr., del modo que me ha sido posible llenar el plan que me habia propuesto. Mucho falta para que pueda llamarse un cuadro completo; pero la naturaleza de estos discursos no permite sino ligeras indicaciones. ¡Ojalá que haya conseguido mi objeto!!! *He dicho.* — Madrid y 14 de junio de 1852. — *Ildefonso Joaquín Infante.*